

EL TEMPLO

Consumado es / Parte 2

Por Samuel Hernández Clemente

Lectura Bíblica: Juan 2:13-22; 2 Samuel 7:1-17; 2 Crónicas 7:11-18

Texto Clave: *"Jesús respondió y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré"* (Juan 2:19)

¿Qué hace al cristianismo diferente?

Permítame comenzar con una confesión personal. No disfruto mucho de ver televisión; en mi casa cada vez permanece más tiempo apagada. No me gustan los comerciales, esa interrupción constante que fragmenta cualquier intento de seguir un hilo de pensamiento. Pero sí me gusta ver películas. Y las que más me atraen son aquellas que te mantienen en suspenso casi toda la proyección. Ya has hecho un intento por entender de qué se trata, crees que ya tienes resuelto cómo va a acabar todo, hasta que en los últimos minutos se aclara todo, se entiende de qué se trataba, y descubres que lo que te habías imaginado no era cómo terminaba. Entonces decimos: "Ah... ya entendí". Esas son la clase de películas que quieres ver dos o tres veces más porque una vez que ya sabes por dónde va la historia, puedes verla de nuevo y reconoces cada detalle que antes pasaste por alto.

Así me pasó con aquella película de finales de los noventa. Te tiene toda la película pensando: pobre niño, está loquito, pobrecito, está alucinando... bueno, si ve gente muerta, quizá podría ayudarles... Y al final descubres que el niño no está loco, que en verdad ve fantasmas y que ese señor de al lado es uno de ellos. Entonces detienes la película y dices: "Déjame verla de nuevo", porque ahora que ya sé de qué trata, quiero verla desde el principio y decir: "Ah, ya entendí".

Pues bien, podría parecer que esto no tiene nada que ver con un sermón dominical. Esta no es una clase de cinematografía, es una exposición bíblica. Pero he puesto este ejemplo porque precisamente la historia de Dios —no la película, sino la HISTORIA de Dios, la que para nosotros inicia en Edén y hasta este momento sigue corriendo— tiene una trama similar. Tenemos una trama larga, con múltiples eventos y relatos, hasta que aparece Jesús y uno puede decir: "Ahhh, ya entendí".

¿Te has detenido a pensar, querido hermano, por qué el cristianismo resulta tan diferente de cualquier otra religión? ¿Por qué mientras otras tradiciones religiosas te ofrecen un conjunto de reglas, rituales y sistemas de méritos, nosotros hablamos de un Hombre crucificado y resucitado? ¿Por qué mientras el mundo nos presiona para que encontremos nuestro valor en nuestros logros, en nuestra identidad autoconstruida, en nuestra militancia por causas justas o en nuestra capacidad de imponer nuestra voluntad sobre la realidad, nosotros insistimos en que todo lo que somos y tenemos lo recibimos de Otro? ¿Qué hace al cristianismo verdaderamente distintivo?

La respuesta, hermano, no es un conjunto de doctrinas abstractas ni un código moral superior. La respuesta es una Persona. Y no cualquier persona, sino aquella que resulta ser el centro mismo de toda la historia, el punto hacia el cual convergen todos los relatos previos y desde el cual toda la realidad adquiere su verdadero significado. El cristianismo es diferente porque en él Dios no se ha mantenido a distancia, no ha permanecido en un silencio impenetrable, no nos ha dejado buscando a tientas en medio de la oscuridad. El cristianismo es diferente porque Dios ha venido. Y al venir, ha revelado que toda la historia, desde el primer suspiro de la creación hasta el último latido del tiempo, ha estado girando en torno a Él.

Quizá te preguntes, hermano: ¿y esto qué tiene que ver con el templo? ¿Qué tiene que ver con la Semana Santa? ¿Qué tiene que ver con mi vida cotidiana, con mis luchas, con mis dudas, con mi necesidad de comunión con Dios? Todo, querido hermano. Absolutamente todo.

Porque si no entendemos que Cristo es el centro de toda la Escritura, terminaremos leyendo la Biblia como un manual de autoayuda, extrayendo moralejas superficiales de personajes que reducimos a ejemplos de virtud o advertencias de fracaso. Terminaremos construyendo un cristianismo de reglas vacías, de rituales sin corazón, de tradiciones que honran más a los hombres que a Dios. Y en el peor de los casos, terminaremos confundiendo el templo —ese edificio hecho por manos humanas— con la presencia misma de Dios, limitando su obra a cuatro paredes y reduciendo nuestra fe a una religiosidad dominical que no transforma nuestra vida.

Pero si entendemos que Cristo es el cumplimiento de todo lo que el templo anticipaba, entonces todo cambia. Entonces nuestra adoración se convierte en algo más profundo que una rutina. Entonces nuestra comunión con Dios deja de estar sujeta a lugares sagrados o mediadores humanos. Entonces nuestra esperanza se ancla en algo que ningún imperio puede destruir y que ningún tiempo puede erosionar.

Así que acompáñame, querido hermano. Acompáñame a recorrer este camino que nos llevará desde el templo de Jerusalén, con sus mercaderes y sus animales sacrificados, hasta la persona de Jesucristo, el verdadero Templo en quien Dios ha colocado su presencia para siempre. Porque en esto consiste la semana santa: no en recordar eventos del pasado, sino en contemplar cómo en Cristo todas las promesas encuentran su "Sí", cómo en Él todas las sombras se disipan ante la realidad, cómo en Él toda la historia alcanza su clímax y su consumación.

¿A qué vino Cristo?

Para entender qué hace Jesús en el templo según nos relata Juan en el capítulo 2 de su evangelio, debemos primero comprender qué era el templo en la historia de Israel y, más importante aún, qué representaba en el plan redentor de Dios. No podemos limitarnos a leer este pasaje como una simple anécdota de la vida de Jesús, una lección sobre la necesidad de mantener la iglesia libre de intereses comerciales. Eso sería quedarnos en la superficie, conformarnos con la migaja cuando se nos ofrece el pan completo.

La forma en que tradicionalmente leemos la Biblia ha sido, con demasiada frecuencia, fragmentaria. Estamos acostumbrados a leer las historias de Génesis, Éxodo, Josué, Jueces como episodios aislados y personajes desconectados cuyas experiencias nos pueden servir para extraer alguna moraleja o lección de vida. ¿Y dónde aparece Jesucristo? Pues en Mateo, y en los otros tres evangelios; allí en Belén, en la noche de los pastores y los ángeles. Como si el Antiguo Testamento fuera una cosa y el Nuevo Testamento otra, como si entre ambos existiera un abismo que solo ocasionalmente se cruza con alguna profecía aislada.

Sin embargo, aunque es verdad que el Hijo de Dios aparece en un momento y escenario específico de la historia, es importante darnos cuenta de que desde el Antiguo Testamento, de manera paulatina y progresiva, se nos ha venido anticipando la entrada del Hijo de Dios en la historia. Y de hecho, debemos darnos cuenta de que la historia de la humanidad depende de que el Hijo de Dios aparezca, y entonces termina siendo el eje central de la historia. Esta es su historia.

En el evangelio de Lucas se nos narra la conversación que Jesús, ya resucitado, tiene con unos discípulos en el camino a Emaús. Y Lucas nos dice que, comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de Él decían. Si esto es verdad —y lo es, querido hermano— entonces algo nos perdimos cuando concluimos que había que ser "valientes como David" y que debíamos evitar ser desobedientes "como Jonás". Algo se nos escapó. El momento en que aparece Jesús en la historia, debimos haber dicho: "Ah, ahora todo encaja perfectamente".

Pero no encajó, y necesitamos que nos lo expliquen así como Jesús lo hizo con aquellos discípulos camino a Emaús.

El propósito de esta serie de artículos es que podamos ver a Jesús y hacer las conexiones con TODOS los relatos previos, y darnos cuenta de que hay imágenes de Jesús, acciones de Jesús prefiguradas, anticipadas desde el Antiguo Testamento. Posiblemente, en el proceso, nos daremos cuenta de que algunas cosas no son como las imaginamos o como nos las contaron. Pero está bien. Si logramos entender de qué trata toda esta historia, o mejor dicho, de quién se trata.

Ahora bien, consideremos la escena que Juan nos presenta. Jesús llega al templo. Se acerca la Pascua, una celebración que conmemora la salida de Egipto y el cuidado de Dios para con su pueblo. Una fiesta llena de sacrificios sangrientos que cada familia debe llevar a cabo en remembranza de la severidad del juicio de Dios pero así mismo de la misericordia de Dios para con su pueblo. En el relato nos damos cuenta de que Jesús se indigna y termina reprendiendo y azotando a quienes han convertido la casa de Dios en un mercado y en un negocio.

Interesante relato. ¿A qué conclusiones nos podría llevar? Podríamos pensar: debemos prohibir las ventas en el templo. O quizá podríamos concluir: el templo es la casa de Dios. ¿Y qué si pensamos mejor que Jesús es nuestro acceso a Dios? Tantas posibilidades, pero ¿son todas estas conclusiones legítimas?

Consideremos la primera opción: "DEBEMOS PROHIBIR LAS VENTAS EN EL TEMPLO". Muchos crecimos con esta clase de exhortaciones, creyendo que era inapropiado que la iglesia aprovechara la asistencia de gente a las reuniones para poder conseguir algún ingreso a fin de suplir cierta necesidad. Pero hay que aclarar algo, hermano: lo que ocurría en el templo en realidad era más que una cuestión de ventas. Era toda una mafia, semejante incluso al control que hoy tiene el crimen organizado. Se trataba de animales que debían pasar el "control de calidad" de los sacerdotes. Pero ¿qué haces cuando el que examina tu animal es el mismo que vende animales? No quedaba de otra más que comprarle al "proveedor". Y no podías ofrendar con tu moneda romana, tenías que ofrendar con moneda "santa", una moneda del templo por cuyo cambio se requería un cobro extra. Así que lo que ocurre en el templo es que la clase sacerdotal se dedica a mercadear con el ministerio, promoviendo la compra forzosa de animales y el cambio forzoso de monedas. En gran parte eso es lo que provocó la indignación de Jesús, quien los acusó de "ladrones" (Mt. 21:13).

Pero reducir el significado de este pasaje a una crítica contra la comercialización de la religión sería quedarnos en la superficie. Porque Jesús no solo está limpiando el templo; está anunciando algo mucho más profundo, algo que sus oyentes no entendieron en ese momento pero que nosotros, con el beneficio de la historia consumada, podemos comprender.

Consideremos entonces la segunda opción: "EL TEMPLO ES LA CASA DE DIOS". Esta igualmente parece haber sido la enseñanza común para muchos de nosotros que crecimos con una mentalidad que separaba lo sagrado de lo secular, en la cual el templo en que nos congregábamos domingo a domingo era la locación privilegiada del obrar de Dios, y por lo tanto, en nombre de la reverencia, la adoración y el orden, se nos advertía sobre no hablar, no comer, no vestir inapropiadamente, no sonreír ni mucho menos aplaudir, pues esto rompía con la sacrosanta reverencia.

Pero hablemos bíblicamente del templo, querido hermano. Le tocó a dos reyes ocuparse de la construcción del templo: David y Salomón. David consiguió los materiales y Salomón dirigió la construcción. Todo comienza con un deseo de David. Allá en 2 Samuel capítulo 7, tal parece que David, al ver que ha podido construirse un palacio a la altura de un monarca, tiene cierto remordimiento de conciencia, pues Dios, el verdadero Soberano de Israel, "habita" en una carpa, el tabernáculo. Así que como un gesto de generosidad piensa que así como construyó una casa para sí mismo, puede ofrecerle a Dios el construirle una casa.

Pero esa misma noche Dios le responde por medio del profeta: "¿Tú me has de edificar casa en que yo more? ¿He hablado yo palabra a alguna de las tribus de Israel, a quien haya mandado apacentar a mi pueblo de Israel, diciendo: ¿Por qué no me habéis edificado casa de cedro?" (2 Sam. 7:5-7). Dios le aclara a David que en la relación de Pacto entre Dios e Israel, Él es siempre el benefactor. No necesita que nadie le construya una casa. "Asimismo Jehová te hace saber que él te hará casa" (2 Sam. 7:11). Y entonces Dios hace una promesa muy particular: "...cuando tus días sean cumplidos, y duermas con tus padres, yo levantaré después de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas, y afirmaré su reino. El edificará casa a mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino. Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo" (2 Sam. 7:12-14).

Entonces, ¿el templo es la casa de Dios? No precisamente. El templo es símbolo y manifestación de la presencia de Dios con su pueblo. Pero de ninguna manera la presencia de Dios está delimitada a las paredes de un edificio. No fue así en Israel y no es así ahora. El profeta Isaías registra las palabras de Dios: "El cielo es mi trono, y la tierra estrado de mis pies; ¿dónde está la casa que me habréis de edificar, y dónde el lugar de mi reposo?" (Is. 66:1).

Así mismo, Pablo predicando en Atenas aclara: "El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas" (Hech. 17:24). Y para sorpresa nuestra, en la descripción que hace Juan de la ciudad de Dios en Apocalipsis, se nos informa que allí no hay necesidad de Templo: "Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero" (Apoc. 21:22).

Así que NO PODEMOS limitar el obrar de Dios a este lugar, NO DEBEMOS reducir la presencia de Dios al templo y NO DEBEMOS inculcar un cristianismo de templo, sino de la vida entera. Pero sí hemos de gozarnos en el hecho de que a lo largo de la historia, Dios quiso conceder a su pueblo comunión con Él y de esta manera anduvo "caminando con su pueblo", solidarizándose con su gente. El tabernáculo representaba y manifestaba la comunión con Dios, la cercanía de Dios con su rebaño. Todo el peregrinaje por el desierto ellos gozaron de la presencia de Dios. Presencia que aunque cercana, tenía sus restricciones, pero que finalmente con Cristo se ve manifestada plenamente.

Es el mismo Juan quien nos dice que "el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros". La palabra que se traduce como "habitar" implica el armado de una tienda de campaña, tal como lo fue en su momento el tabernáculo. Luego, cuando Jesús reprende a los mercaderes, les anuncia que aunque ese templo pudiera ser destruido, Él mismo levantaría uno nuevo luego de tres días (Juan 2:19). Tal declaración les pareció extraña a los oyentes: "En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás?" Pero Él se refería al templo de su cuerpo. Es decir, que Cristo es la manifestación plena de la presencia de Dios, es el punto pleno de contacto entre la divinidad y su pueblo redimido, es la puerta a la comunión con Dios el Padre.

Ahora, ¿para qué sirvió el templo? Era un anticipo de Cristo, un adelanto de la obra que Jesucristo vino a realizar. A Salomón le tocó ver el templo ya construido. Según se nos relata en 2 Crónicas capítulo 7, cuando la obra del templo fue culminada, Dios tuvo un importante diálogo con Salomón. Consideremos las implicaciones de aquel evento para nuestro entendimiento del templo a la luz de la obra de Cristo. En ese diálogo, Dios revela tres aspectos fundamentales del templo que encuentran su cumplimiento perfecto en la persona y obra de Jesucristo.

I. Cristo ha presentado el sacrificio perfecto

"Y apareció Jehová a Salomón de noche, y le dijo: Yo he oído tu oración, y he elegido para mí este lugar por casa de sacrificio" (2 Crón. 7:12). El hecho de que en el evangelio de Juan se nos hable de venta de animales en el templo confirma que el templo era un lugar de sacrificio continuo. Tales animales cumplían la tarea ritual de sustitución en busca de perdón de pecados y comunión con Dios. La idea era que el continuo correr de sangre de los sacrificios fuera un recordatorio de lo severo de la ira de Dios, pero también de lo amplio de la misericordia del Señor.

Y era precisamente esto lo que la avaricia de los sacerdotes no estaba honrando. Ellos no estaban interesados en que el pueblo conociera la misericordia de Dios y se gozara en la comunión con el Señor del pacto, sino que incluso de manera inmisericorde explotaban hasta a los más pobres. Muestra de ello es que aún para las ofrendas de los más pobres, que eran las palomas, tenían animales "certificados" que había que comprarles a ellos mismos.

En el pasado, tanto el tabernáculo como el templo fueron lugares de continuo sacrificio y derramamiento de sangre. Pero ahora que Cristo había llegado, se pondría fin a la continua necesidad de muerte de animales. Por eso mismo, el templo puede ser incluso destruido, pues alguien mayor que el templo y cuyo sacrificio es perfecto ha aparecido para hacer mediación perfecta por su pueblo. Por ese motivo, Jesús es identificado como el Cordero, cuyo sacrificio perfecto libraría a su pueblo de la condenación. Juan el Bautista lo declaró abiertamente: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29).

Querido hermano, detengámonos aquí un momento. ¿Te has dado cuenta de lo que esto significa para tu vida cotidiana? El templo funcionó por siglos como un lugar de sacrificio constante. Cada día, cada semana, cada año, animales morían. Sangre corría. Humo ascendía. Y todo eso era un recordatorio implacable de que el pecado no es algo trivial, de que la separación entre Dios y el hombre es real, de que el acceso al Santo de los santos estaba vedado para todos excepto para uno, y ese uno solo podía entrar una vez al año, y no sin sangre. El sistema sacrificial era, en sí mismo, una confesión constante de culpa y una proclamación continua de necesidad.

Pero ahora, en Cristo, ese sistema ha sido superado. No porque Dios haya rebajado sus estándares, sino porque Cristo cumplió el estándar perfectamente. El escritor de Hebreos nos explica que si la sangre de toros y machos cabríos podía santificar para la purificación de la carne, ¡cuánto más la sangre de Cristo, quien mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará nuestras conciencias de obras muertas para que sirvamos al Dios vivo!

Esto significa, hermano, que ya no necesitas acudir a ningún mediador humano para obtener el perdón de tus pecados. No necesitas realizar ritos ni ofrecer sacrificios. No necesitas acumular méritos ni escalar peldaños de santidad para acercarte a Dios. Cristo ha presentado el sacrificio perfecto, una vez y para siempre. Y ese sacrificio no solo cubre el pecado como lo hacían los sacrificios del Antiguo Testamento, sino que lo quita, lo elimina, lo borra por completo.

Y esto tiene implicaciones prácticas profundas en tu vida diaria. Cuando fallas —y fallarás, porque mientras estamos en este cuerpo todavía luchamos contra el pecado— no tienes que vivir en la culpa paralizante ni en la desesperación de quien ha perdido su comunión con Dios. Tampoco tienes que caer en el extremo opuesto de minimizar tu pecado, tratándolo como si fuera algo sin importancia. No, querido hermano. El sacrificio perfecto de Cristo significa que puedes acudir al Padre con confianza, confesando tu pecado, sabiendo que ya hay propiciación por él. Significa que tu comunión con Dios no depende de tu desempeño sino de la obra consumada de Cristo. Significa que puedes vivir en libertad, no para pecar, sino para servir, porque la deuda ha sido pagada en su totalidad.

Los sacrificios del templo nunca pudieron quitar los pecados; solo podían señalarlos, cubrirlos temporalmente, posponer el juicio. Pero Cristo, el Cordero de Dios, ha quitado el pecado. Ya no hay más ofrenda por el pecado que sea necesaria. Está consumado.

II. Cristo es nuestro acceso al Padre para siempre

"Ahora estarán abiertos mis ojos y atentos mis oídos a la oración en este lugar; porque ahora he elegido y santificado esta casa, para que esté en ella mi nombre para siempre; y mis ojos y mi corazón estarán ahí para siempre" (2 Crón. 7:15-16). En aquel diálogo que sostuvo Dios con Salomón, estaba incluida una promesa: Dios pondría en esa "casa" su nombre para siempre. Y hay que subrayar el énfasis de la promesa Divina: "para siempre".

De manera que la "casa" de Dios habría de permanecer "para siempre" como punto de contacto entre Dios y su pueblo, como "casa de oración" para siempre. Sin embargo, el templo construido por Salomón no permaneció en pie "para siempre", sino que sucumbió ante la conquista de los enemigos de Israel. Luego, tras el cautiverio se construyó un segundo templo que igualmente terminó por colapsar. Y ahora, según nos cuenta Juan, el templo de Herodes tardó cuarenta y seis años en ser edificado, y de ese templo no queda más que lo que supuestamente es uno de los muros laterales que hoy es conocido como el "muro de las lamentaciones". Luego entonces, ¿Dios no cumplió su promesa? ¿La casa de Dios no pudo permanecer por siempre?

No, querido hermano, no la casa hecha con piedra. Pero la casa perfecta de Dios, el templo que Jesús propone que después de tres días Él mismo puede levantar, ese sí que permanece para siempre. Porque ese templo no es un edificio sino su propio cuerpo. Y ese cuerpo no solo fue levantado en tres días, sino que ahora está glorificado a la diestra del Padre, y permanecerá para siempre como el lugar donde Dios y los hombres se encuentran.

El escritor de Hebreos declara que "Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios" (Heb. 10:12). Es decir, que al haber realizado el sacrificio perfecto, Cristo se posiciona como nuestro mediador y benefactor "para siempre". Él es nuestra casa, es nuestro acceso al Padre "para siempre".

El templo temporalmente apuntó hacia esta realidad. Era un punto de contacto con Dios, una "casa de oración". Pero ahora en Cristo tenemos acceso pleno y permanente para con el Padre por medio de su sacrificio y mediación perfectos. Incluso, es en el nombre de Cristo que nuestra oración es oída y atendida.

Piensa en esto, hermano. Antes de Cristo, el acceso a la presencia de Dios era restringido, limitado, peligroso incluso. El Santo de los santos estaba velado. Solo el sumo sacerdote podía entrar, y eso una vez al año, y no sin sangre. El pueblo se mantenía a distancia, consciente de su pecado y de la santidad de Dios. Pero ahora, en Cristo, el velo ha sido rasgado. La pared intermedia de separación ha sido derribada. Tenemos libertad para entrar al Lugar Santísimo por la sangre de Jesús, por el camino nuevo y vivo que Él nos ha abierto a través del velo, esto es, de su carne.

¿Qué implica esto para tu vida diaria, querido hermano? Implica que puedes orar en cualquier momento, en cualquier lugar, sin necesidad de intermediarios humanos. No necesitas que un sacerdote rece por ti. No necesitas estar en un edificio específico. No necesitas cumplir con rituales previos. Tienes acceso directo al Padre mediante Cristo. ¿Estás angustiado? Acude a Él. ¿Estás gozoso? Acude a Él. ¿Estás confundido? Acude a Él. ¿Has pecado? Acude a Él. El trono de la gracia está siempre accesible porque Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, vive para interceder por nosotros.

Y esto también implica, hermano, que nuestra vida de oración no debe ser una formalidad vacía ni una rutina mecánica. Es el privilegio más asombroso que un ser humano puede tener: hablar con el Creador del universo, ser escuchado, ser atendido, no por nuestros méritos sino por los méritos de Cristo. Cuando oras, no estás enviando un mensaje a un universo indiferente. Estás hablando con tu Padre, que te ha adoptado en Cristo, que ha puesto sus ojos y su corazón sobre ti para siempre, así como prometió poner sus ojos y su corazón sobre el templo.

El templo fue destruido, pero Cristo permanece. El templo fue un lugar, pero Cristo es una Persona. El templo ofrecía acceso temporal y ritual, pero Cristo ofrece acceso permanente y real. Y este acceso no se pierde cuando fallamos, porque no depende de nosotros sino de Él.

III. Cristo es el Varón que regirá sobre la casa de Dios

"Yo confirmaré el trono de tu reino, como pacté con David tu padre, diciendo: No te faltará varón que gobierne en Israel" (2 Crón. 7:18). Como cierre al diálogo que tuvo Dios con Salomón tras la inauguración del templo, el Señor promete que el reino de David sería afirmado por un varón especial.

Hay que decir algo muy importante respecto al templo, querido hermano. El templo no solo representa el punto de contacto entre Dios y su pueblo. El templo además no solo es un lugar de sacrificio en busca de perdón y misericordia. El templo es referente del Señorío de Dios sobre su pueblo. Si bien Jerusalén es la ciudad de David y el asiento de la monarquía, el templo le recuerda al pueblo de Dios que hay un Señor altísimo que rige y gobierna sobre el mundo entero.

En el lugar santísimo se encuentra un mueble cuyo significado es determinante para comprender esta realidad: el arca del pacto. Se trataba de un pequeño cofre cubierto de oro que representaba el estrado de los pies de Dios. Al estilo de los reyes que junto con su trono disponían de un pequeño banquillo para reposar los pies, el arca del pacto representa el estrado de los pies de Dios. El rey David lo entendió así cuando dijo: "Oíd, hermanos míos y pueblo mío; yo tenía en mi corazón edificar casa de reposo para el arca del pacto de Jehová, y para el estrado de los pies de nuestro Dios" (1 Crón. 28:2).

Y cuando la Biblia nos dice que Cristo se abrió paso hasta el lugar santísimo y se sentó a la diestra de Dios, lo que debe quedarnos claro es que Cristo es aquel varón prometido a David y Salomón como el hombre que afirmaría el trono y la casa de Dios para siempre. Es por esta razón que Cristo se constituye en Soberano de los reyes de la tierra, Rey de reyes y Señor de señores, gobernando desde su trono eterno.

Querido hermano, vivimos en tiempos de confusión. Nuestro mundo, que se jacta de haber alcanzado la madurez y la ilustración, no sabe en realidad quién manda. Las naciones se levantan contra Jehová y contra su Ungido, diciendo: "Rompeamos sus ataduras y echemos de nosotros sus cuerdas". Los sistemas políticos, las ideologías, los movimientos culturales—incluyendo ese conjunto de ideas que hoy se agrupan bajo el término "wokismo" y que pretenden redefinir la naturaleza humana, destruir la familia, promover el aborto como derecho, imponer una visión materialista de la historia—

Todos estos sistemas están, consciente o inconscientemente, en rebelión contra el Rey a quien Dios ha puesto en Sion.

Pero el que está sentado en los cielos se ríe. El Señor se burla de ellos. Porque Él ha establecido a su Rey sobre Sion, su monte santo. Y ese Rey no es un hombre caído como David ni un rey imperfecto como Salomón. Es el Hijo de Dios, el Varón prometido, aquel cuyo trono es eterno y cuyo reino no tendrá fin.

Esto tiene implicaciones profundas para tu vida, hermano. En primer lugar, significa que tu lealtad última no es a ningún partido político, a ninguna nación, a ninguna ideología. Eres súbdito del Rey de reyes. Y aunque respetas a las autoridades que Dios ha establecido, y aunque te involucras como ciudadano en la sociedad, tu corazón sabe que el gobierno está sobre los hombros de Cristo. Él es quien tiene toda autoridad en el cielo y en la tierra.

En segundo lugar, significa que no debes temer a los poderes de este mundo. Por más que las ideologías contrarias a Dios parezcan ganar terreno, por más que la apostasía se extienda, por más que la iglesia sea ridiculizada y marginada, el trono de Cristo no se tambalea. Él reina. Y reina ahora. No solo reinará en el futuro, cuando regrese en gloria, sino que reina en este mismo momento, ordenando todas las cosas para el bien de su pueblo y para su propia gloria.

En tercer lugar, significa que tu vida tiene un propósito claro: servir al Rey. No vives para ti mismo, no vives para acumular riquezas, no vives para perseguir placeres, no vives para imponer tu agenda personal. Vives para Cristo, y tu vida es una expresión de lealtad a Él. Cada decisión, cada palabra, cada pensamiento, cada relación está bajo el señorío de Cristo. Él es el Varón que gobierna sobre la casa de Dios, y tú, como piedra viva, eres parte de esa casa.

CONSUMADO ES

Querido hermano, hemos recorrido un largo camino desde aquella escena en el templo de Jerusalén. Hemos visto cómo Jesús, con azotes y autoridad, expulsó a los mercaderes que habían convertido la casa de Dios en un negocio. Pero más importante aún, hemos entendido que su acción no era simplemente un acto de indignación justa contra la corrupción religiosa, sino una declaración profética de que algo nuevo estaba por venir.

El templo de Jerusalén cumplió con su tarea. Fue un referente de la misericordia de Dios, de la cercanía de Dios para con su pueblo, un recordatorio constante de nuestra necesidad de un sustituto sacrificial y del gobierno de Dios sobre su pueblo. Pero una vez que Jesús ha descendido y colocado su "casa" o "habitación" entre nosotros, tenemos un sacrificio perfecto, un acceso pleno y un gobernante supremo cuya casa no es de piedra ni podrá ser destruida.

Cristo Jesús ha superado al templo; en Él tenemos redención perfecta y libre acceso a la gloria de Dios.

El templo era un lugar de sacrificio; Cristo es el sacrificio mismo. El templo era un lugar de oración; Cristo es nuestro acceso al Padre. El templo era un símbolo del reinado de Dios; Cristo es el Rey sentado a la diestra del Padre. El templo fue destruido; Cristo resucitó y vive para siempre. El templo era de piedra; Cristo es la Roca de los siglos.

Y esto, hermano, no es teología abstracta para ser debatida en aulas académicas. Es la realidad que fundamenta tu vida cristiana cada día. Porque si el sacrificio de Cristo es perfecto, entonces ya no tienes que vivir en la incertidumbre de si tu pecado ha sido perdonado. Porque si Cristo es tu acceso al Padre, entonces puedes orar con confianza en cualquier momento. Porque si Cristo es el Rey que gobierna sobre la casa de Dios, entonces tu vida tiene un Señor al cual servir y una seguridad que ningún poder terrenal puede quebrantar.

En esta semana santa, mientras contemplamos la obra redentora de Cristo, recordemos que no estamos simplemente conmemorando eventos del pasado. Estamos participando, por la fe, en la realidad consumada. Cuando Jesús dijo desde la cruz: "Consumado es", no solo anunciaba el fin de su obra terrenal; declaraba el cumplimiento de todo lo que el templo había anticipado. Ya no hay más necesidad de sacrificios. Ya no hay más velo que separe. Ya no hay más distancia entre Dios y su pueblo. Todo ha sido consumado en Cristo.

Así que vive en esta realidad, hermano. No vuelvas atrás a las sombras cuando tienes la sustancia. No te conformes con rituales vacíos cuando tienes comunión real. No limites tu fe a un edificio cuando Cristo habita en ti y tú en Él. No te sometas a poderes terrenales cuando eres súbdito del Rey eterno. Y no te dejes atrapar por ideologías que pretenden redefinir la verdad cuando has conocido a Aquel que es la Verdad.

El templo de Jerusalén ya no está. Fue destruido como Jesús anunció, y nunca más fue reconstruido. Pero el verdadero Templo, el cuerpo de Cristo, fue levantado al tercer día y ahora está glorificado. Y un día, cuando veamos a Cristo cara a cara, entenderemos plenamente lo que ahora vemos como en un espejo, oscuramente: que Él es todo lo que necesitamos, que en Él todas las promesas encuentran su "Sí", que Él es el principio y el fin, el Alfa y la Omega, el Templo en quien moramos y el Sacerdote que nos presenta al Padre y el Rey que nos gobierna con amor eterno.

Consumado es, querido hermano. No falta nada. No queda nada por añadir. Cristo lo ha hecho todo. Descansa en Él. Adóralo. Síguele. Él es tu Templo.

Oremos:

Padre Santo, Señor del cielo y de la tierra, venimos ante ti con humildad y gratitud. Te confesamos que con demasiada frecuencia hemos reducido nuestra fe a rituales vacíos, a templos de piedra, a tradiciones que honran más a los hombres que a ti. Perdónanos, Señor, por buscar tu presencia en lugares equivocados y por olvidar que en Cristo nos has dado acceso pleno y permanente a tu presencia.

Te damos gracias porque no nos has dejado en nuestra oscuridad ni en nuestra culpa. Te damos gracias porque enviaste a tu Hijo, el Verbo hecho carne, para habitar entre nosotros y para convertirse en el Templo perfecto donde tu gloria reside y donde nosotros encontramos comunión contigo. Gracias por el sacrificio perfecto de Cristo, que quita nuestro pecado y nos reconcilia contigo. Gracias porque en Él tenemos libre acceso a tu trono de gracia. Gracias porque Él es el Rey que gobierna sobre tu casa para siempre.

Ayúdanos, Padre, a vivir en la realidad de esta obra consumada. Que no volvamos atrás a las sombras cuando tenemos la sustancia. Que no nos conformemos con una religiosidad superficial cuando hemos sido llamados a una comunión profunda contigo. Que nuestra vida sea una adoración continua, no limitada a un edificio ni a un día de la semana, sino extendida a cada pensamiento, cada palabra, cada acción.

Y mientras atravesamos este mundo que se rebela contra tu Rey, fortalécenos para mantener nuestra lealtad a Cristo, para no doblegarnos ante las ideologías que niegan tu verdad, para vivir como ciudadanos del cielo mientras aún peregrinamos en la tierra. Que en todo momento, en toda circunstancia, podamos decir con gozo y seguridad: Consumado es.

En el nombre de Jesucristo, nuestro Templo, nuestro Sacrificio, nuestro Sumo Sacerdote, nuestro Rey. Amén.

Preguntas de Repaso

1. ¿Qué tres aspectos del templo mencionó Dios en su diálogo con Salomón en 2 Crónicas 7, y cómo encuentra cada uno cumplimiento en Cristo?
2. ¿Por qué la indignación de Jesús contra los mercaderes del templo va más allá de un simple rechazo a la comercialización de la religión? ¿Qué estaba anunciando Jesús con su acción?
3. ¿De qué manera el Antiguo Testamento anticipa que el templo de piedra no sería el lugar definitivo de la presencia de Dios? Menciona al menos dos pasajes que respalden esta idea.
4. ¿Qué significa para tu vida diaria que Cristo sea el sacrificio perfecto, tu acceso al Padre y el Rey que gobierna sobre la casa de Dios?
5. ¿Cómo debería transformar nuestra comprensión del templo nuestra práctica de la adoración, la oración y la vida cristiana en general?

Pbro Samuel Hernández Clemente

    **una vida reformada**
unavidareformada.blogspot.com



*Creamos contenidos para ayudar a los peregrinos a:
conocer a Cristo, caminar con Cristo y comunicar a Cristo.*